

ESQUELETO DEL SERMON II

EL SAGRADO CORAZON DE MARÍA.

Omnis gloria ejus filia regis ab intus.
(Psalm. XLIV, 14.)

Toda la gloria de la hija del rey está encerrada en su interior.

1. En las Escrituras sagradas unas veces María es llamada: *Filia regis, soror, sponsa*; otras dice Dios de ella: *Una est perfecta mea*. Sin embargo nada exterior brilla en ella... ¿Dónde está, pues, su gloria? *Ab intus*. Allí encuentro las perfecciones... del mismo Dios, tan fielmente trazadas cuanto... Digno es, pues, el corazón de María de que le honremos... Tal es el objeto de la presente festividad...

2. Harto justificado se halla ya el culto que tributamos al corazón de María. Me limitaré, pues, á hacer...

3. *Invocacion*: ¡Oh Madre del Salvador! ¿Cómo podremos...?

Reflexion única: El corazón dulcísimo de María es digno de nuestros homenajes, porque es el compendio de las divinas perfecciones.

4. *Suposicion*: Si poseyésemos... Esto haríamos en dicho caso. ¿Y será menos digno ahora que está vivo...? Estima que Dios hace del corazón (del hombre... Y nosotros mismos ¿qué admiramos y elogiamos en los héroes y en los Santos sino el corazón?

5. ¿Habrá, pues, quien pregunte por qué veneramos el corazón de María?... Corazón de Adán inocente... Corazón de Adán culpable... Una Niña de bendición aparece al cabo de cuatro mil años... Términos con que Dios expresa su ternura hácia ella: *Ecce tu pulchra es*, etc., *et macula non est in te*.—*Una est columba mea*, etc. Sorpresa de los espíritus celestiales: *Quae est ista?*—*Pulchra ut luna*, etc. *Quasi aurora*, etc. ¿No es de su corazón que...?

6. Consideremos lo que estas imágenes representan. 1.º Su inocencia. No es ni puede ser víctima de las pasiones, y con todo ¡qué

precauciones toma...! Se turba á la vista de un Ángel... Prefiere su virginidad á la maternidad divina...

7. Á tan heroica pureza añade la mas profunda humildad. *Ecce ancilla Domini*.—*Respexit humilitatem*, etc.—*Fecit mihi magna*, etc. Sospechas de José... Purificacion... Silencio continuado de María... Á todo calla... El orgullo es causa en las comunidades...

8. Volvamos á María: ¡Qué pobreza la suya! ¡Qué techo...! ¡Qué vestidos...! ¡Qué desnudez la de...! En su corazón brilla la pobreza evangélica... ¡Cuán raros son los verdaderos pobres de Jesucristo! Lo que es necesario para serlo... Todo esto se halla en el corazón de María. De ahí su paciencia..., su dulzura..., su paz y serenidad..., su..., su..., en fin, su obediencia ciega y muda... María no sabe deliberar ni quejarse... ¡Qué ejemplo! ¡Quién podrá...?

9. Mas... ¿qué es lo que yo he dicho en comparacion de lo que me resta decir? Nada he dicho ni de su fe..., ni de su esperanza..., ni de su caridad... ¡Oh caridad de María...! ¡Y cuántas otras perfecciones deberé pasar en silencio! ¡Ah! si pudiese yo presentaros por un solo momento aquel corazón... ¿cuál sería el espectáculo embelesador...? Contemplad al menos con vuestro espíritu..., pero no os limiteis á... sino imitad sus virtudes... Voz que sale del corazón de María...

10. *Deprecacion*: ¡Oh corazón purísimo...! Haced que... Infundid en... Sed nuestro camino..., nuestro socorro... Nada temeremos... Viviremos tranquilos...; y llegado que fuere el momento de...

SERMON II

SOBRE

EL SAGRADO CORAZON DE MARÍA.

Omnis gloria ejus filiae regis ab intus.
(Psalm. XLIV, 14).

Toda la gloria de la hija del rey está encerrada en su interior.

1. Entre las puras criaturas existe una tan privilegiada, tan enaltecida por la gracia sobre todas las demás, que en los sagrados Libros es llamada unas veces la hija, otras la hermana ó la esposa del Altísimo: *Filia regis, soror, sponsa*; y algunas la obra maestra de sus manos omnipotentes: *Una est perfecta mea*. Esta Hija muy amada del Rey de los cielos, esta augusta Reina del universo es María. Sin embargo, si busco en ella alguna marca exterior y aparente de esta incomparable grandeza, ninguna encuentro. Yo no veo mas que una pobre y modesta Virgen que ha unido su suerte á la de un pobre artesano, que trabaja con sus manos, y retirada de la vista de los hombres, vive en la mas profunda oscuridad. ¿En dónde está, pues, esa gloria tan celebrada en las sagradas Escrituras y en los cánticos de la Iglesia? Vosotros acabais de oirlo: ella es toda interior y oculta, encerrada está en su corazon: *Omnis gloria ejus filiae regis ab intus*. ¡Oh, qué tesoros se descubren en él! allí encuentro las perfecciones de todos los Ángeles y de todos los Santos, pero en un grado tal de excelencia, que nada á él puede compararse ni aun en el mismo cielo. ¿Qué digo? En ese corazon se hallan las perfecciones del mismo Dios trazadas tan fielmente cuanto pueden serlo en una simple criatura. Justo es, pues, que tributemos á este corazon sagrado un culto de veneracion y de amor; y á la manera que adoramos el corazon de Jesús, porque es el corazon de un Dios, conviene que honremos el corazon de María, porque despues del de su Hijo, es el mas digno santuario que la Divi-

nidad ha habitado en el universo. Tal es, amadas hermanas mías¹, el fundamento de una devocion muy extendida y autorizada hace dos siglos; y tal el objeto de la festividad que hoy celebrais; festividad tierna en que las vírgenes del Señor dirigen sus obsequios al corazon de la mas pura y ferviente de todas las vírgenes, á quien invocan como su Patrona, á quien aman como á su Madre, y á quien se esfuerzan en imitar como á su modelo. ¡Plegue al cielo que la instruccion que vais á oír aumente vuestro celo y vuestra estima hácia una devocion tan santa, y que estos sentimientos se hagan extensivos á todos cuantos hoy toman parte en esta religiosa ceremonia!

2. Sin pretender justificar directamente el culto que tributamos al corazon de María, harto justificado ya por el voto de la Iglesia, me limitaré á hacer palpables y manifiestas la conveniencia, las ventajas y el mérito de esta devocion santa, á fin que las almas verdaderamente cristianas se aficionen de cada vez mas á ella, y hallen en su práctica un nuevo y abundante consuelo. Este discurso será una especie de elogio sencillo y familiar del corazon de esta bienaventurada Virgen: en él me propongo manifestaros que: *El corazon dulcísimo de María es digno de nuestros homenajes, porque es el compendio de las divinas perfecciones.*

3. ¡Oh Madre del Salvador! ¿Cómo podremos alabar dignamente vuestro corazon, si Vos misma no os dignais franquearnos ese santuario de todas las virtudes, ese templo vivo del Espíritu Santo, á fin que podamos contemplar las riquezas que encierra, y que, haciéndolas conocer á los que nos escuchan, los llenemos de admiracion, de reconocimiento y de amor hácia el mas perfecto y benéfico de todos los corazones despues del de Jesús? Ayudadnos, Virgen santa, á merecer los auxilios divinos. Nosotros os interesamos en nuestro favor repitiendo cordialmente aquellas sublimes palabras: *Ave María*.

Reflexion única: El corazon dulcísimo de María es digno de nuestros homenajes, porque es el compendio de las divinas perfecciones.

4. Permitidme que al comenzar este discurso haga una suposicion. Si poseyésemos cualquier reliquia venerable de la Madre de Dios; si su corazon ó cualquiera otra porcion de ese cuerpo virgi-

¹ El autor pronunciaba este discurso á una comunidad de religiosas de la Visitacion.

nal en que fue concebido el Verbo encarnado hubiese quedado en la tierra y existiese en nuestro poder, ¿qué uso haríamos de este depósito sagrado? Sin duda me responderéis desde luego, que le colocaríamos sobre nuestros altares; que no satisfechos con prodigarle todos los honores que la Iglesia católica rinde á los restos mortales de los Santos, añadiríamos otros mayores aun y mas extraordinarios en razon de la singular dignidad de la Reina de los Ángeles; en una palabra, que el corazon de María, aunque inanimado é insensible, seria á nuestros ojos el tesoro mas precioso é inestimable. Hé aquí lo que nuestra Religion nos inspiraria, si ese corazon se hubiese hallado en el polvo de la tumba. ¿Y le juzgaríamos menos digno de ser honrado porque está vivo y glorioso en el cielo, en donde, unido íntimamente á Dios, arde en las mas puras llamas del amor divino, se enternece por nuestras miserias, y se consume en los mas vivos deseos de hacernos participantes de su propia gloria? ¿Seria posible que aquello que aumenta sus derechos á recibir nuestro culto, fuese precisamente en nuestro concepto un motivo para rehusárselo? Dejemos, empero, vanas sutilezas á que jamás he podido comprender que se adhiriesen hombres sensatos é ilustrados. Si por desgracia se hallase entre nosotros alguno que temiese manifestar demasiado respeto y veneracion hácia el corazon de la mas pura de todas las criaturas, yo le suplicaré que considere cuánto ha estimado Dios mismo el corazon del hombre. No se desdeña ese gran Dios de confesar que está enamorado de un corazon tan débil, que le ama hasta los celos, y que cifra su gloria en conquistarle para reinar en él. Unas veces le oiréis que mandándonos con imperio, nos dice: Me amarás con todo tu corazon: *Diliges... ex toto corde tuo.* (Deut. vi, 5). Otras le veréis adoptar un tono suplicante, y decirnos: Hijo mio, dame tu corazon: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi.* (Prov. xxiii, 26). Aquí promete manifestarse sin velos al corazon puro; allí asegura que no pondrá límite á sus liberalidades para con el corazon recto; en otra parte que derramará su misericordia sobre los corazones tiernos y compasivos. Si se indigna contra su pueblo, es porque el infiel Israel ha apartado de él su corazon; si perdona, es al corazon contrito y humillado; si nos habla, se dirige á nuestro corazon: *Loquar ad cor ejus.* (Osee, ii, 14). En una palabra, pues seria necesario citar todas las Escrituras, Dios tiene continuamente fijos sus ojos en el corazon del hombre, observa todos sus movimientos, no ve ni estima en todo el hombre mas que el corazon: *Dominus autem intuetur cor.* (1 Reg.

xvi, 7). Y nosotros mismos, ¿no decimos todos los dias que el hombre no es grande, virtuoso y estimable sino por su corazon? En los héroes y en los Santos, ¿qué es lo que admiramos y elogiamos sino el corazon?

5. Y despues de esto, ¿habrá quien pregunte por qué veneramos el corazon de María? ¿Se han meditado bien la excelencia de este corazon y las perfecciones sobrehumanas y mas que angélicas de que se halla adornado? ¡Oh mi Dios! Cuando Vos criásteis á nuestro primer padre en la justicia y en la rectitud original, mirásteis con complacencia su corazon puro é inocente, le amásteis como á una de las mas bellas obras de vuestras manos, le imprimísteis el sello de vuestra divina semejanza, y establecísteis entre Vos y él una correspondencia y una union íntima de sentimientos, de afectos y de voluntad. Bien presto, empero ¡ah! el pecado rompió este dichoso pacto. Vuestra imágen fue desfigurada. Degradado el corazon del hombre, recibió la marca de vuestro enemigo, y el que antes formaba la admiracion de los Ángeles, no fue despues sino un objeto repugnante de aversion y de horror. Verdad es que este gran mal no quedó sin remedio, gracias á la infinita misericordia del Señor; sin embargo, el contagio se extendió á la posteridad del culpable; todo, segun la expresion de san Pablo, quedó envuelto en el pecado (*Rom. iii, 9*), y en el espacio de cuatro mil años el ojo de Dios no descubrió en todas las generaciones humanas un solo corazon que no se hallase contaminado de esta horrorosa lepra. De ahí el disgusto y la indignacion que una vez le hicieron decir se habia arrepentido de haber criado al hombre, porque todos los pensamientos de su corazon se dirigian al mal. (*Genes. vi, 5, 6*). Despues de tantos siglos, sus miradas se detienen por último sobre un objeto digno de arrebatar toda su atencion. Una Niña de bendicion aparece sobre esta tierra maldecida tanto tiempo hacia. Preservada esta hija de Adan de la corrupcion universal por un milagro de la gracia es concebida en la inocencia, y nace en la santidad. El Señor ve revivir en ella toda la beldad y la pureza del primer diseño sobre que habia formado al hombre. ¡Oh! con qué alegría contempla aquel corazon á quien ninguna mancha desfigura, á quien no afea gérmen alguno de pasion mala, en quien ni la mas ligera sombra de defecto existe que pueda hacerle indigno de su amor; aquel corazon cuyas inclinaciones son santas, y cuyas afecciones todas celestes! Ó por hablar con mas propiedad, ¡con qué satisfaccion no se contempla á sí mismo en aquel espejo fiel en donde

halla retratados todos los rasgos de su semejanza, borrados en el resto de los hombres! ¿Quereis saber, hermanos míos, en qué términos expresa su ternura hácia esta criatura predilecta, y cómo ensalza él mismo esta obra maestra de sus manos? Vosotros no habeis olvidado que despues de haber sacado el mundo de la nada, considerando todas las cosas que habia hecho, se contentó con decir que eran buenas: *Vidit quod esset bonum.* (Genes. 1, 10). Ved, pues, qué lenguaje tan diferente es el suyo despues de haber dado el ser á María: ¡Oh! qué hermosa eres, la dice, amiga mía! ¡qué bella eres! *Ecce tu pulchra es amica mea, ecce tu pulchra es.* (Cant. 1, 14). Mis ojos, que descubren manchas en los astros mas brillantes, y encuentran imperfecciones en las puras inteligencias que rodean mi trono, ni el mas leve defecto perciben en tí: *Et macula non est in te.* (Cant. IV, 7). En seguida, dirigiéndose á estas mismas inteligencias, y gloriándose de su obra en su presencia, ved, las dice, esta casta paloma; ella es sin igual, la única perfecta, la sola en todo el universo: *Una est columba mea, perfecta mea.* (Ibid. VI, 8). Si yo me propusiese desenvolver el sentido oculto del mas misterioso de todos los cánticos, os mostraria á los espíritus celestiales corriendo presurosos á la voz de su Dios, y os pintaria la sorpresa, la admiracion y el entusiasmo que experimentan á la vista de belleza tan encantadora. ¿Quién es, exclaman extáticos, quién es esta criatura admirable que reúne en sí sola las perfecciones de todas las demás? *Quæ est ista?* (Ibid. 9). Unas veces comparan sus resplandores á la luz suave y benigna del astro de la noche: *Pulchra ut luna.* (Ibid.). Otras á la claridad de la aurora mas risueña: *Quasi aurora consurgens* (Ibid.); y otras en fin al brillo deslumbrador del sol: *Electa ut sol.* (Ibid.). ¿Y de dónde se exhala este olor que les encanta y atrae: *Curremus in odorem unguentorum tuorum?* (Cant. 1, 3). ¿No es de su corazon que á la manera de vaso precioso está lleno de toda especie de esencias las mas exquisitas, que mezclándose entre sí, forman el mas delicioso perfume? *Ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentarii.* (Cant. III, 6).

6. Dejemos, empero, el lenguaje figurado de los Libros santos; consideremos lo que estas imágenes representan, es decir, las cualidades, las virtudes del corazon de María, y en primer lugar hablemos de su inocencia. Este corazon purísimo no conocia las propensiones desarregladas de la naturaleza, ni aun tenia que temer el llegar á experimentarlas; y sin embargo ¡qué precauciones para

conservar un tesoro que no podia perder! ¡qué fuga del mundo y de sus ocasiones! ¡qué retiro! ¡qué soledad desde sus mas tiernos años! ¿Qué dirémos de un pudor que se turba á la vista de un Ángel? ¿Qué de la castidad de un corazon que sin vacilar un solo instante prefiere su virginidad, no ya á las grandezas de la tierra, que esto es poco para aquella alma grande, sino al honor inefable de la maternidad divina que sobrepuja en grandeza á todo cuanto puede pensarse ó comprenderse?

7. Á una pureza tan heroica únase por una admirable alianza la mas profunda humildad. Ved como esa Hija de David que cuenta entre sus abuelos tantos reyes, se condena á una voluntaria oscuridad; no se desdeña de enlazarse con un pobre artesano, y sujetarse á todas las humillaciones que son inseparables de una clase abyecta á los ojos de los hombres. Observad todos sus pasos, escuchad todas sus palabras, estudiad su mismo silencio, y comprenderéis hasta qué punto llega su deseo de abatirse y confundirse. Que un príncipe de la celestial milicia la saludé con respeto y la anuncie que concebirá en su seno al Hijo del Altísimo: tremebunda y sorprendida cual si temiese recibir el título de Reina, apresúrase á adoptar el de sierva; llamada á ser esposa y Madre, colócase en el rango de las mas humildes esclavas: *Ecce ancilla Domini.* (Luc. 1, 38). Que Isabel llena de admiracion y de asombro á vista de tantas maravillas como en ella ha obrado el Omnipotente, la colme de elogios y la aclame bendita entre todas las mujeres: María en medio de tantas cosas capaces de deslumbrarla solo ve su bajeza y su nada: *Respexit humilitatem ancillæ suæ* (Ibid. 48); y solo á Dios atribuye la grandeza y la santidad: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* (Ibid. 49). Que José ignorando la causa de la fecundidad de su esposa conciba tristes sospechas acerca de su fidelidad: María, aunque con una sola palabra hubiera podido desvanecer unas dudas tan injuriosas á su honor, prefiere no obstante sufrir el peso de esta ignominia, mas bien que re velar á su esposo un secreto que cede en gloria suya propia. ¿Obliga la ley á las mujeres de Judá á purificarse de la mancha que contraen al hacerse madres? María, aunque siempre vírgen, purificase como ellas, y cubre con el velo de esta humillante ceremonia el privilegio y la santidad de su parto divino. ¿Vióselas en algun tiempo prevalerse ó hacer gala de los favores que recibiera del cielo? ¿Glorióse jamás, ni aun dejó entrever las gracias y luces de que estaba llena? ¿Oyóselas ni una sola palabra de propia estimacion? Mas

¿qué digo? Su vida entera ¿no fue un silencio continuado? Si la ultrajan ó la honran, calla; si los pastores y los Reyes magos adoran á su divino Hijo, ó si por el contrario los fariseos, los sacerdotes y los soldados apuran contra él sus indignos tratamientos, ella calla; si su mismo Hijo la dirige palabras severas, y la dice: *Mujer, ¿qué se nos da de esto á tí ni á mí?* (*Joan. II, 4*), aun entonces calla y bendice en silencio los consejos de la Providencia que tan bien secunda sus miras y deseos de humillarse. ¡Oh hermanos míos! cuán fácil es el silencio á las almas sinceramente humildes! ¡cuán difícil, empero, á las soberbias! En vano se intentaría desterrar de una comunidad las palabras ociosas, indiscretas, y acaso críticas y malignas, si no se tratase de arrancar del corazón la raíz emponzoñada del orgullo.

8. Volvamos á María: extranjera al deseo de la gloria hasta el punto de temerla y aun de aborrecerla, desprecia las riquezas, y de ellas se desprende desde sus mas tiernos años, aceptando las privaciones, y reduciéndose á la mas extrema indigencia. ¡Oh cielos! ¡Qué techo tan humilde, qué habitacion tan estrecha habita la que un dia debe ser colocada sobre los coros angélicos en la casa de Dios! ¡Qué vestidos tan pobres y groseros cubren á la que un dia ha de servir de ornamento el sol, y las estrellas de diadema! *Mulier amicta sole... et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (*Apoc. XII, 1*). ¡Qué desnudez la de esta Virgen que da á luz á su Primogénito en un establo, y no tiene para su Dios recién nacido mas lecho que la paja, ni otra cuna sino el pesebre! Madre dignísima de aquel que ni aun tendrá sobre qué reclinar su cabeza, que vivirá de limosna, morirá sobre una cruz, y dejará por legado á sus discípulos, como su único tesoro, aquella máxima: *¡Bienaventurados los pobres!* Si deseamos, amadas hermanas, comprender y gustar bien esta sublime máxima que jamás comprenderá el mundo, y que no siempre gustan aun las personas religiosas, entremos en el corazón de María; allí veremos brillar la pobreza evangélica, como una piedra preciosa entre tantas y tan excelentes virtudes; allí nos persuadirémos de que el que la posee es más rico en su desprendimiento que los príncipes y monarcas de la tierra en medio de su opulencia. Pero ¡cuán raros son los verdaderos pobres de Jesucristo! Para merecer este nombre, hácese preciso nada menos que estar muerto á todas las cosas terrenales, renunciar de corazón y de hecho á los intereses y goces, á las comodidades y bienestar de la vida, tener en nada la existencia misma, aborrecer las

superfluidades, no vivir solícitos por lo necesario, hallarse indiferentes como san Pablo á la salud ó á la enfermedad, á la tribulación ó á la alegría, á la abundancia ó á la escasez. Tal es el desprendimiento universal, la perfecta pobreza de espíritu que el Salvador colocó en primera línea entre las bienaventuranzas; y he aquí lo que se halla en toda su perfeccion en el corazón de María santísima. De aquí aquella paciencia invencible en los trabajos, en las contradicciones y en los padecimientos; aquella dulzura inalterable hácia los enemigos los mas implacables é injustos; aquella paz y serenidad constante en el seno de todos los peligros; aquella generosidad superior á todos los sacrificios; aquel espíritu de mortificación con que sin cesar sacrifica ante las aras de la penitencia una carne pura é inocente; de aquí, en fin, aquel aniquilamiento de la propia voluntad; aquella obediencia ciega y muda que no admite exámen, ni treguas, ni distincion, ni reserva alguna. ¿Escucha la voz del Ángel ó la de José? ¿Oye los preceptos de la ley de Moisés ó la del príncipe? ¿Hácese preciso ausentarse de Nazaret su patria para ir á Belen, ó huir de Belen á Egipto; abandonar el reposo de la noche, ó soportar el peso del dia ó del calor; entregar su Hijo al cuchillo de la circuncision, ú ofrecerle en el templo; acompañarle en su trabajosa carrera á través de las ciudades y aldeas de la Judea, ó subir con él al Calvario? María no sabe deliberar ni quejarse; no conoce otro deber que el de ejecutar á toda costa las órdenes del cielo donde quiera, y de cualquier modo que le fueren manifestadas. ¡Qué ejemplo, hermanas mías! ¿Quién podrá hallar excusas legítimas para dispensarse de obedecer, cuando no las halló la misma Madre de Dios?

9. Mas ¿qué es lo que yo pretendo, señores? ¿Acaso pensaré poder elogiar en un solo discurso todas las perfecciones del corazón de María? Aun cuando tuviese cien lenguas, ¿podría yo ni aun siquiera enumerarlas? ¿No es este corazón sacratísimo un abismo insondable de virtudes y prodigios? ¿De qué servirán todos mis esfuerzos ni aun para dar de ellas la mas leve idea? ¿Qué es lo que yo he dicho, á pesar de cuanto llevo hablado, en comparacion de lo que resta por decir? ¿He hablado, por ventura, de la fe de María? ¿De aquella fe que no solamente transporta las montañas, sino que hace descender á su propio seno desde lo mas elevado de los cielos al Verbo eterno? ¿De su esperanza, mucho mas heróica que la de Abraham, pues que la Virgen esperó aun despues de la muerte y de la sepultura de su verdadero Isaac? ¿De su caridad?... ¡Oh

caridad de María, en cuyo incendio hállase consumido su corazón! ¡Qué lengua mortal podrá expresar tus ardores! ¡Y cuántas otras perfecciones nos será preciso pasar también en silencio! ¡Ay de mí! ¡cuán imperfecto es el cuadro que os presento! ¡cuánto me aflige y confunde mi impotencia! Si me hubiese sido dable presentaros por un momento el corazón de esta Virgen incomparable, tal cual los Ángeles y bienaventurados le ven eternamente en el cielo, ¡cuáles hubiesen sido los transportes de vuestro amor! Pues, si es tal la belleza de la virtud, que desde el fondo de un corazón puro en donde reside, derrama aun en el rostro un atractivo inexplicable y una especie de brillo celestial que deslumbra los ojos y encanta el corazón, ¿cuál sería el espectáculo embelesador que ofrecerían tantas virtudes contempladas como en su origen en el corazón de la mas perfecta criatura? Contemplad al menos con vuestro espíritu, amadas hermanas mías, ese objeto digno de vuestra religiosa veneración; mas no os limiteis á tributarle honores estériles. Para vuestra imitación se os propone mas bien que para vuestro culto; ó de otro modo: lo mas esencial del culto que le debéis, consiste en la imitación de sus virtudes. Páreceme oír una voz que parte de ese corazón sagrado y os dice: ¡Oh hijas mías queridas! Yo que extrayéndoos del mundo, os preparé este asilo bajo mi protección, soy vuestro modelo; vosotras lleváis mi nombre y habeis aprendido á amarme de vuestros santos fundadores. Si agradé á Dios no fue sino porque fuí humilde, dócil, paciente y mortificada, casta y modesta, laboriosa y pobre, suave, silenciosa, recogida, ferviente en la oración, desasida de todas las cosas perecederas, aplicada únicamente á glorificar al Señor, caritativa é indulgente para con el prójimo, severa conmigo misma, fiel á mis deberes, pronta á dar mil vidas antes que permitir se acercase á mí la mas leve sombra de pecado. Vosotras debéis ser lo que yo he sido en cuanto lo permita vuestra debilidad. Siguiendo mis pasos es como las vírgenes llegan á la mansión de la felicidad: *Adducentur regi virgines post eam.* (Psalm. XLIV, 15). Yo no presento á mi Hijo sino aquellas que impávidas marchan tras mis huellas, y se esfuerzan en asemejarse á mí: *Proximæ ejus afferentur tibi.* (Ibid.). Solo estas gustarán las delicias del cielo, y cantarán el cántico del Cordero: *Afferentur in lætitia et exultatione.* (Ibid. 16). Mi corazón os ofrezco, á fin que imprimais sus caracteres en el vuestro, y para que reconociendo un día en vosotras mi imagen, pueda yo introducir en cualidad de hijas mías muy amadas en el eterno santua-

rio donde reside el Rey de la gloria: *Adducentur in templum regis.*

10. ¡Oh corazón purísimo, objeto de las complacencias de la adorable Trinidad, y digno de la veneración de los Ángeles y de los hombres! ¡Corazón el mas semejante al de Jesús de quien sois la mas perfecta imagen! Haced que nuestros corazones se unan enteramente al de nuestro divino Salvador. Infundid en ellos el amor de vuestras virtudes. Inflamadlos en aquel fuego sagrado en que de continuo ardió el vuestro. Sed nuestro camino para llegar á Jesús, y el conducto por donde recibamos todas las gracias necesarias para salvarnos. Sed nuestro socorro en las necesidades; nuestro consuelo en las aflicciones; nuestra fortaleza en las tentaciones, y nuestra defensa en todos los peligros. Nada temeremos contando con vuestra protección. Viviremos tranquilos y seguros en esta región de quebranto; y llegado que fuere el momento de abandonarla, volaremos hácia Vos, para unirnos inseparablemente al corazón sacratísimo de vuestro divino Hijo, en donde descansaremos por toda la eternidad. Así sea.